



En proceso...

Una serie de reflexiones pastorales de cinco semanas

Reflexión Pastoral #3

Aprender a ver con los ojos de Jesús

Las cosas que notamos moldean las historias que contamos. Si eso es cierto, entonces otra pregunta surge de manera natural. ¿De dónde vienen esas historias? O, quizás aún más importante: ¿Quién nos enseña a ver? Para quienes seguimos a Jesús, esa pregunta importa. Porque el discipulado es más que creer lo que Jesús creyó o hacer lo que Jesús hizo. También se trata de aprender a ver el mundo como Jesús lo ve.

Cuando comencé a hacer preguntas distintas sobre las congregaciones, me encontré regresando a los Evangelios. No buscando una nueva estrategia de liderazgo. No en busca de un mejor modelo organizacional.

Simplemente quería pasar más tiempo observando a Jesús. Así que comencé a leer los Evangelios con una sola pregunta en mente: ¿Qué nota Jesús? Esa única pregunta cambió la manera en que leo las Escrituras.

Jesús nota a Zaqueo antes de que Zaqueo diga una sola palabra. Todos los demás ven a un cobrador de impuestos. Jesús ve a un invitado a cenar. La multitud escucha a Bartimeo como una interrupción. Jesús escucha a alguien que clama por misericordia, y se detiene. En el Templo, rodeado de ofrendas impresionantes, Jesús nota a una viuda que coloca en silencio dos pequeñas monedas en la ofrenda. Nadie más parece verla. Jesús sí.

Una y otra vez, la atención de Jesús se dirige hacia las personas que el mundo ha aprendido a pasar por alto. Eso no es casualidad. Nos dice algo sobre el corazón de Dios.

Pero Jesús no solo nota a personas distintas. También nota posibilidades distintas. Donde otros ven pescadores, Jesús ve apóstoles. Donde otros ven fracaso, Jesús ve perdón. Donde otros ven finales, Jesús habla de nuevos comienzos. Una y otra vez, Jesús se niega a permitir que las circunstancias presentes de una persona definan su futuro. La gracia le da una manera distinta de ver.

Quizás está destinada a darnos también a nosotros una manera distinta de ver.

Mientras seguía leyendo, comencé a notar patrones. No porque los estuviera buscando. Simplemente porque seguían apareciendo. Jesús siempre está invitando a las personas a un discipulado más profundo. Siempre está llamando a nuevos líderes. Siempre está cruzando fronteras que dividen a las personas entre sí. Siempre está restaurando a las personas a la comunidad.

Con el tiempo, me di cuenta de que esto no eran simplemente temas recurrentes. Se estaban convirtiendo en lentes a través de los cuales yo podía notar mejor la obra del Espíritu Santo. Esos lentes eventualmente se convirtieron en el lenguaje que ahora usamos en todo nuestro sínodo:

Formando discípulos. Desarrollando líderes. Abrazando las diferencias. Transformando comunidades.

A veces la gente pregunta si esas son nuestras prioridades estratégicas. En un sentido, lo son. Pero creo que son algo más profundo. Son recordatorios de dónde mirar. Son preguntas antes de ser objetivos.

¿Dónde están creciendo los discípulos? ¿Quién está emergiendo como líder? ¿Dónde se están derrumbando los muros? ¿Cómo se están renovando las comunidades?

Esas preguntas no nos dicen qué construir. Nos ayudan a notar lo que Dios ya está construyendo.

Una de las hermosas sorpresas de leer los Evangelios de esta manera es que Jesús comienza a reentrenar nuestra visión. Empiezas a notar cosas junto a las que antes pasabas de largo. El voluntario callado cuya fidelidad ha sostenido a una congregación durante años. El adolescente que hace preguntas que suenan sorprendentemente como un llamado al ministerio. La congregación con menos miembros de los que tenía hace veinte años, pero con relaciones más profundas con su vecindario que nunca. La alianza inesperada que se convierte en testimonio de reconciliación. Las conversaciones después del culto que poco a poco van sanando viejas heridas.

Ninguna de esas historias es llamativa. La mayoría nunca aparecería en la portada de un boletín de la iglesia. Pero, entonces, tampoco lo hicieron las semillas de mostaza.

Las historias que contamos moldean el futuro en el que comenzamos a vivir. Si solo contamos historias de escasez, comenzaremos a vivir como si la escasez tuviera la última palabra. Si solo contamos historias de declive, comenzaremos a esperar el declive. Pero si aprendemos a contar historias que sean honestas acerca de nuestros desafíos y, al mismo tiempo, igualmente honestas acerca de la fidelidad de Dios, comenzamos a vivir con esperanza.

No un optimismo ingenuo. Esperanza. El tipo de esperanza que confía más en la resurrección que en la muerte.

He llegado a creer que el discipulado es, en parte, una educación en la atención. Jesús no simplemente nos enseña qué creer. Nos enseña qué notar. Y cuando comenzamos a notar lo que Jesús nota, nos encontramos contando historias diferentes; moldeadas por la gracia, no por el miedo; por la abundancia, no por la escasez; centradas en lo que el Espíritu Santo ya está haciendo cobrar vida, y no en lo que se está desvaneciendo..

Quizás ese es uno de los milagros silenciosos de seguir a Jesús. Poco a poco, él nos enseña a ver con sus ojos.

+Obispa Sue